

Prehistoria de un narrador

Hotel en Shangri-La

OCTAVIO ESCOBAR

MARÍA PAULA ESCOBAR (viñetas)
Panamericana Editorial, Bogotá, 2016,
132 págs.

CONVERTIRSE EN el destacado narrador de ficción que es, le ha llevado veinte años al escritor caldense Octavio Escobar. Este libro que reseñaremos, *Hotel en Shangri-La* (originalmente publicado por la Universidad de Antioquia en 2002 y reeditado por Panamericana Editorial catorce años después), hace parte de su prehistoria. Muestra al escritor primerizo que experimenta en la oscuridad, que duda, se estrella, que trata de encontrar su propia voz.

Es una tarea de la crítica literaria rastrear la génesis y el desarrollo de un escritor representativo. No intentaremos aquí asumir semejante responsabilidad, pero sí atisbar las huellas de su configuración en una obra en particular —que se revela como parte de un proceso de creación en desarrollo—, de un estilo narrativo, de una visión de mundo y de un modo de articular la realidad por medio del lenguaje literario.

Shangri-La es un volumen que reúne seis cuentos organizados como un *puzzle* que el lector debe armar a medida que pasa de una historia a otra. Si bien se pueden leer como historias independientes, su centro, el personaje que acoge al resto, es un *mall* al estilo gringo, recién inaugurado en una alguna ciudad colombiana. Se trata del Megacentro Babilonia, donde todo pretende ser “bienestar puro, invencible” (p. 35). Allí, en algunos de sus locales, pasillos y parqueaderos, un grupo de personas de origen diverso y que no se conocen entre sí exhibe sus fantasías, extasiado por la libido de la compra, al tiempo que se avista la fractura que acompaña los sueños basados en la simulación social. Carlos Monsiváis habló del *mall* como de un “nuevo templo posmoderno”. Los feligreses van allí en horda a rezar al nuevo dios.

El primero de los relatos, “Con Sandra en EL♣HIP”, nos muestra a

una familia de estrato burgués: padre holgado, lector de Shakespeare y aficionado a Mendelssohn; madre conciliadora, ama de casa, el epítome de la docilidad católica; dos hijas; la mayor, una ecofeminista con ínfulas de independencia y atada a un novio nómada con el que ha adquirido una enfermedad de transmisión sexual y la adicción por la marihuana; la menor, una jovencita “play”, amante de los bluyines de marca y la comida mexicana; un niño fanático de los helados caros que ya ha aprendido a chantajear emocionalmente a padres.

La hermana mayor, desde la perspectiva del resto, quiere “dañar el día” con sus discursos anticonsumistas y veganos. La paz perpetua se alcanza cuando a la ecofeminista le llega la menstruación en medio de una de sus arengas y debe pedir prestado a la hermana un anticológico tampón y el bluyín nuevo de aquella para reemplazar el suyo manchado. Las chicas y el padre entran a cine a ver *Nickelodeon*, la película con Sean Connery, Denzel Washington y Angela Basset. Esta película y el *Hotel Shangri-La* serán los *leitmotifs* unificadores a lo largo del libro. La madre lleva al niño a hacer nuevas compras, un modo inconsciente de educarlo para la superficialidad.

En el segundo relato, que da título al libro, vemos a una pareja de esposos —Sebastián y Ana Mercedes— discutir en forma irónica mientras entran en carro al centro comercial. Él tiene fama de borrachito y ella, de cautiva del dinero. No se hallan ni en los gustos musicales (él, Sabina; ella, Fito Páez). Sebastián, mientras compra un CD, resulta ganador de un premio que da el centro comercial por ser el cliente cien mil. Con otro sorprendido ganador, Ángel, tiene una conversación extraña. Este le cuenta que está de visita en el centro comercial porque verá a una mujer con la que vive una extraña aventura erótica. Se introduce una historia dentro de la historia que ralentiza el cuento. El premio que ha ganado Sebastián es ir al lugar del mundo que quiera, ¡con su pareja! Él, desagrado, escoge el lugar más raro del mundo: Shangri-La, un pueblo en medio del Tíbet.

“Nickelodeon”, el tercer relato, da un rápido vistazo a dos muchachos amigos que están despidiéndose. Uno

de ellos viaja a Estados Unidos luego de sufrir el asesinato de su hermano por parte de los paramilitares. “El diámetro de la cúpula de la Capilla Sixtina”, probablemente el relato más débil del volumen, introduce un diálogo que pretende ser humorístico entre un vendedor obstinado y un señor depresivo (el papá de Ana Mercedes). Le sigue “El nombre del bar”, un cuento extenso, narrado por un veterano administrador de bares ajenos que contempla su degradación al parar en un centro comercial. Su primer cliente es un hombre cuyo tema central de conversación es el de las mujeres. No es otro que Ángel, que sigue buscando interlocutores para hablar de su *affaire* sexual. El relato tiene varias subtramas —el ajedrez, los sitios de rumba nocturna, los encuentros del narrador con mujeres en desvarío— que afectan el seguimiento del hilo central de la historia.

El sexto cuento, “543 minutos, 21 segundos”, es probablemente el más interesante del libro. En escenas cortas, con una atmósfera de suspenso bien manejada, asistimos de testigos a la planeación del atentado con dinamita del famoso Megacentro Babilonia. Personajes fugaces —incluida una mujer que quiere darle de regalo un horno microondas a una sufrida mamá— actúan de manera normal antes del bombazo y solo se muestran interesados en el dinero. Nunca se insinúan los motivos del atentado. El carro con explosivos que deja uno de los asesinos en el parqueadero del centro comercial anuncia en mucho el cruel atentado del club El Nogal, de Bogotá, en 2003.

Hotel en Shangri-La no es un libro redondo. Como lo señaló Camilo Jiménez en una atinada reseña publicada en su blog *El ojo en la paja*,

este libro me deja un saborcito amargo. Pero ese saborcito no me baja la estima —o mejor, el interés— que tengo hacia este escritor: creo que vale la pena tenerlo entre ojos, leerlo. Es ágil, rápido, inteligente.

En estos cuentos, Escobar tantea con varios recursos narrativos, unas veces con buena fortuna, otras, con menos. No queda duda de que le interesan los hilos intertextuales, el cine y la música, sobre todo. La clase

CUENTO		RESEÑAS
<p>social y la ideología de los personajes se referencian mediante los gustos de películas y canciones. Se nota en ello la deuda con Andrés Caicedo.</p> <p>Quizá los recursos con los que se muestra más vacilante el autor son el de los diálogos y el del discurso directo libre. Este es un tema recurrente en los talleres de escritura creativa: ¿cuánta descripción?, ¿cuánta voz del personaje? La idea de Escobar es que los personajes se delinean en los diálogos, pero aquí el recurso fatiga y distrae. Los personajes son voces tenues, en segundo plano, y el autor espera que el lector los elabore en su mente. En mi opinión, no puede ocurrir tal cosa.</p> <p>Pero hay dos fuerzas que subyacen a estos relatos y que le dan un sello de identidad a la prosa de Octavio Escobar: el humor y una toma de posición ante la realidad, que yo catalogaría como <i>redencionista</i>. El humor establece la distancia irónica del autor ante el mundo. En estos cuentos no hay filiaciones ideológicas o partidistas. Le parecen tan ridículas las pretensiones de los asesinos que dinamitarán el centro comercial, como las consignas de liberación de las profeministas (Miranda, en “Con Sandra en EL♣HIP”, o Rosaura, en “El nombre del bar”). Este humor áspero esconde cierta mirada misógina:</p> <p>Una mujer montó una vez un bar para mí: se llamaba Yurany. Siempre le dije Any: tiendo a resumir a las mujeres y en su caso creo que la mejoría fue sustancial. Decía que era separada, pero resulta más exacto decir que era abandonada. (...) Any veía las cosas con profunda simpleza, decía que lo único importante en la vida era comer y comer y de inmediato ponía su mano entre mis muslos. (p. 99)</p> <p>Al respecto de la toma de posición ante la realidad, Escobar continúa una línea de visión de mundo que fundó García Márquez con el final de <i>Cien años de soledad</i>: el <i>redencionismo</i>. Definida de manera rápida, es una corriente ideológica, de origen religioso pero ya secularizado, que ante la locura del mundo, su irracionalidad, la pérdida de unidad con la belleza y la vida, propone una actitud de redención libertaria, radical, materializada en un solo acto que marcará la diferencia para siempre. En Escobar,</p>	<p>esa redención es el viaje al no-lugar: el Hotel Shangri-La. Sebastián Álvarez, el protagonista del cuento, nunca describe ese sitio ubicado en China, pero se infiere que allí es posible alcanzar la paz interior, sin esposas, sin miedo, sin dinero, sin un solo artefacto comprado en ningún centro comercial, cima de la alienación y la pérdida de la comunicación humana.</p> <p>El Premio Nacional de Literatura, que obtuvo Octavio Escobar en 2016 por la publicación de su novela <i>Después y antes de Dios</i>, es un reconocimiento a la madurez narrativa que ha alcanzado. Su ya lejano <i>Hotel en Shangri-La</i> aparece, con sus más y sus menos, como un entrenamiento necesario para construir la voz del maestro.</p> <p style="text-align: center;">Carlos Sánchez Lozano</p>	